

pirar; examínense los movimientos de su semblante, cuando alguno, por indiscrecion ó celo, llega á decirle que en efecto su fin está muy cercano; y se verá que muda de semblante, como un hombre á quien se da una noticia inopinada; infiriéndose de esto que el enfermo no cree lo que él mismo dice, y que de ningún modo está persuadido que debe morir: lo que únicamente tiene es alguna duda, alguna inquietud en orden á su estado, pero siempre con mucho menos temor que esperanza; y sino se despertase su miedo con las tristes diligencias y el lúgubre aparato que precede á la muerte, seguramente no la vería llegar.

De lo dicho se infiere no ser la muerte tan terrible como la imaginamos, y que de lejos formamos de ella un juicio muy errado. En efecto, á cierta distancia es la muerte un espectro que nos atemoriza; pero cuando la vemos de cerca se disipa la ilusion. Las nociones que tenemos de ella son falsas, pues, no solo la consideramos como la última y mayor desgracia, sino tambien como un mal que viene acompañado del dolor mas vehemente, y de las mas penosas angustias; y no contentos con semejante idea, hemos procurado abultar en nuestra imaginacion estas funestas imágenes y aumentar nuestros temblores, poniéndonos muy de propósito á discurrir sobre la naturaleza del dolor. Este debese estremado, dicen, cuando el alma se separa del cuerpo, y puede tambien ser de mucha duracion, pues, no teniendo el tiempo mas medida que la sucesion de nuestras ideas, un instante de dolor muy agudo, en que estas ideas se suceden con rapidez, proporcionada á la violencia del mal, puede parecernos mas dilatado que un siglo en que las mismas ideas corren con mas lentitud, y relativamente á las sensaciones tranquilas, que por lo comun experimentamos. Los que así discurren hacen de la filosofía un abuso muy deplorable, y que no merecería ser rebatido si no fuesen tan perjudiciales sus consecuencias; pero como contribuye á hacer infeliz al linaje humano, presentando la imagen de la muerte mucho mas horrenda de lo que puede ser, aunque no hubiese mas que un cortísimo número de personas engañadas con la apariencia de estas ideas, convendría siempre desvanecerlas y manifestar su falsedad.

¿Tenemos nosotros por ventura, cuando el alma se une á nuestro cuerpo, algun placer escesivo, algun gozo pronto y vehemente, que nos arrebate y embelese? No por cierto: esta union se hace sin que nosotros la percibamos, y del mismo modo debe verificarse la desunion sin que experimentemos sensacion ninguna. ¿Qué razon hay para creer que el alma no puede separarse del cuerpo sin extraordinario dolor, ó cuál es la causa que puede producir este dolor ó ocasionarle? O esta causa reside en el alma ó en el cuerpo: el dolor del alma, unida al cuerpo, no puede ser producido sino por el pensamiento, y el del cuerpo es siempre proporcionado á su fuerza y debilidad; y no estando nunca el cuerpo tan débil como en el instante de la muerte natural, no puede experimentar sino un dolor levisimo, en el caso de tener alguno.

Pero supongamos una muerte violenta, como sería la de un hombre á quien quitase la cabeza una bala de cañon. ¿Puede este hombre padecer mas de un instante? ¿Y puede haber en el intervalo de este instante una sucesion de ideas tan rápida que le parezca durar aquel dolor una hora, un dia ó un siglo? Esto vamos á examinar.

Efectivamente la sucesion de nuestras ideas es respecto de nosotros la única medida del tiempo, el cual debe parecernos mas corto ó dilatado, segun corran aquellas mas uniformemente ó se crucen con mas irregularidad; pero esta medida tiene una unidad cuya estension no es arbitraria ni indefinida, si-

no que, por el contrario, está determinada por la misma naturaleza, y es relativa á nuestra organizacion. Dos ideas que se suceden, ó que solo difieren una de otra, tienen necesariamente entre sí cierto intervalo que las separa, pues, por pronto que sea el pensamiento, siempre necesita algun corto tiempo para ser seguido de otro pensamiento, no pudiendo verificarse esta sucesion en un instante indivisible. Lo mismo sucede en la sensacion: necesitase cierto tiempo para pasar del dolor al placer, ó de un dolor á otro dolor; y el intervalo que necesariamente separa nuestros pensamientos ó nuestras sensaciones es la unidad de que hablamos, y no puede ser estremadamente largo ni corto, sino mas bien casi igual en su duracion, por depender esta de la naturaleza de nuestra alma y de la organizacion de nuestro cuerpo, cuyos movimientos no pueden tener sino cierto grado determinado de velocidad. Por consiguiente no puede haber en un mismo individuo sucesion de ideas, mas ó menos rápidas, hasta el grado que sería necesario para producir una diferencia tan enorme de duracion, que de un minuto de dolor hiciese un siglo, un dia, ni una hora.

Por poco que dure un dolor vehementísimo, conduce al desmayo ó á la muerte, pues, no teniendo nuestros órganos sino cierto grado de fuerza, solo pueden resistir cierto tiempo á un cierto y determinado grado de dolor. Si este es escesivo, cesa por ser mas fuerte que el cuerpo, el cual no pudiendo resistirle, mucho menos se halla en estado de trasmitirle al alma, con quien no puede tener correspondencia sino mientras dura la accion de los órganos; y cesando en este caso la accion de los mismos órganos debe cesar tambien, por consiguiente, la sensacion interior que comunican al alma.

Lo dicho es quizá mas que suficiente para probar que el instante de la muerte no viene acompañado de dolor escesivo, ni de larga duracion; mas, para tranquilizar á las personas pusilánimes, añadiremos algo todavía. Un dolor escesivo no da treguas á ninguna reflexion, y sin embargo han solido notarse indicios de reflexion en el mismo instante de una muerte violenta. Cuando Carlos XII recibió el golpe que repentinamente dió fin á su vida y hazañas, echó mano á su espada; de lo que se infiere que aquel dolor mortal no fue escesivo, pues dió lugar á la reflexion: sintióse acometido y reflexionó que era forzoso defenderse: luego no sintió sino lo que se siente con un golpe ordinario. Y no se diga que aquella accion fue mero resultado de un movimiento mecánico, pues los movimientos, hasta los mas prontos, dependen siempre de la reflexion, y son efectos de una voluntad habitual del alma.

Nos hemos detenido algo en este asunto con el fin de destruir una preocupacion tan contraria á la felicidad del Hombre, pues suelen ser víctimas de este error algunas personas, á quienes el miedo de la muerte ha hecho efectivamente morir, y en particular mujeres á las cuales anonadaba el miedo del dolor: bien que estas terribles inquietudes parece son peculiares de las personas, á quienes la educacion ha hecho mas sensibles, pues los demás hombres, señaladamente los rústicos, miran la muerte sin espanto.

La verdadera filosofía consiste en ver las cosas como son en sí; y la sensacion interior estaría siempre acorde con esta filosofía, si no la pervirtiesen las ilusiones de nuestra imaginacion, y el fatal hábito que hemos adquirido de formarnos fantasmas de dolor y gozo. Nada es terrible, nada halagüeño sino de lejos; pero, para asegurarnos de esta verdad, es preciso tener el valor ó la prudencia de examinar de cerca uno y otro.

Si algo hay que pueda confirmar lo que dejamos dicho en orden á la cesacion gradual de la vida, y hacer mas evidente que su fin no llega sino por gra-